

carácter retórico que tuvo en otros tiempos, comenzando por Tomás Moro. Los dos siguientes, delineado en los precedentes el cuadro general, examinan dos temas concretos de gran relieve: el de la soberanía (frente a la subsidiariedad) y el de la autoridad política mundial (o, mejor, el de las aporías que encierra). El séptimo examina los problemas singulares del concepto y la realidad del bien común en nuestros días. Y el último sobrevuela algunas dimensiones de la crisis coronavírica.

Cierra el autor la breve presentación con un párrafo que el editor ha escogido para la cuarta de cubierta y que refleja muy bien el contenido del libro:

«En ciertos ambientes se ha puesto de moda hablar de la “batalla” (cultural) contra el “marxismo (también) cultural”. En puridad, la tal batalla no existe, toda vez que asume sin discutir las reglas del enemigo. Y éste no es tanto el marxismo como el liberalismo, toda vez que el neomarxismo dependería en todo caso más del liberalismo que del viejo comunismo. Es la religión de la “libertad liberal” la ha concluido por afirmar derechos inexistentes y a reivindicar la primacía del sueño sobre la realidad metafísica. La que ha dado la vuelta al fundamento del orden ético y ha postulado una religión de la humanidad como utopía de un mundo histórico perfecto, que habría debido conducir a la tarea autorredentora por medio de la política. Tesis absurdas y praxis no razonables que, aun no habiendo logrado su imposición y aplicación, han favorecido las condiciones del tiempo presente, alejado de Dios y enemigo del hombre. El nihilismo, que estaba en el horizonte del 68, se ha ido haciendo realidad conforme la modernidad se tornaba en postmodernidad y los elementos naturales custodiados por el Estado y la legislación, pese a sus premisas revolucionarias, iban siendo eliminados en la edad de la poshumanidad».

Un libro interesante.

Gaspar LAMARCA

Massimo Borghesi, *La legitimación crítica de la modernidad*, Madrid, Encuentro, 2023, 398 pp.

Massimo Borghesi es profesor de Filosofía moral en la Universidad de Perusa. Militante de Comunión y Liberación, ha estudiado algunos temas de la filosofía alemana así como algunas cuestiones

centrales del pensamiento contemporáneo. Entre los primeros la figura de Cristo o la edad del Espíritu en Hegel, el Evangelio «histórico» y el Evangelio «eterno» o la dialéctica y antropología de Romano Guardini. Respecto de las segundas secularización y nihilismo, cristianismo y cultura contemporánea o crítica de la teología política. Alguno de estos trabajos ha sido traducido al castellano.

Ha aparecido recientemente en lengua española su monografía –publicada en italiano en 2011 y reeditada este 2023– dedicada a Augusto Del Noce (1910-1989). Se trata de un trabajo amplio que reconstruye los orígenes y la evolución del pensamiento de uno de los filósofos más interesantes de nuestro tiempo. Interesante, en primer lugar, por la estrecha interrelación entre especulación e historia. Pero también, a continuación, por las «lecturas» originales de la experiencia política contemporánea. Y, además, por la autonomía de pensamiento demostrada valientemente desde el principio y mantenida de modo constante a lo largo de su vida: Augusto Del Noce, por ejemplo, nunca adhirió al fascismo, rechazando así las indicaciones de quienes –como el padre Agostino Gemelli– habían puesto en el mismo la esperanza de una restauración católica; o no siguió a quienes –como *La Civiltà Cattolica*– creyeron legítima la guerra de Etiopía en 1936. Pero no sólo. Augusto Del Noce, que había formado parte en su juventud de la «Izquierda cristiana», desde el fin de la Segunda Guerra Mundial consideró al marxismo como una «no filosofía», al estar caracterizado esencialmente por el humanismo ateo. Entendió así inaceptable la tesis –corriente en aquellos años– de que el marxismo se trataba de una forma de iusnaturalismo. Tal tesis venía sostenida a la sazón por los autores llamados «revisionistas» (e incluso por los «revisionistas de los revisionistas») y era compartida por importantes hombres políticos (tales como Alcide De Gasperi en su discurso del Teatro Brancaccio di Roma de julio de 1944). Para Del Noce, que se profesó degasperiano por razones «teoréticas», era en cambio inaceptable, ya que el «ente social» de Marx no tenía nada en común con la tradición personalista.

Massimo Borghesi considera atentamente la cuestión. Se detiene en *Modernità e democrazia*, ilustrando la crítica al Sacrum Imperium que Del Noce sigue en paralelo a Maritain. Indaga las razones que condujeron a aquél a «rechazar» el racionalismo metafísico y a encontrar en la «vía francesa», esto es, sobre todo en Descartes, el inicio de una trayectoria que habrá de conducir al redescubrimiento del agustinismo, distanciándose por ello de las escuelas católicas

que encontraban en éste el giro inmanentista del pensamiento. Y es que, para Del Noce, Descartes es ambivalente: está tanto en el origen de la filosofía que conduce a Rosmini, que con palabras del Michele Federico Sciacca maduro podría llamarse la «interioridad objetiva», como en la que concluye en Nietzsche, esto es, en las teorías del autor de la muerte de Dios, que impedirían toda reacción legítima al «mundo».

La «vía francesa» favoreció la liberación de una oposición insuperable: Del Noce, en efecto, consideró la oposición entre moderno y antimoderno (como otro autor, por él muy apreciado) una contraposición sin salida.

Massimo Borghesi expone, pues, el Pascal de Del Noce, es decir, la «apuesta» del pensador de Port Royal. Su par, es decir, su apuesta, es un problema teorético. No sólo porque revela una concepción débil de la razón, podríamos decir que una «impotencia» de la inteligencia, sino también porque lleva en última instancia al pragmatismo: sólo sería posible valorar su racionalidad a posteriori. El problema, a nuestro parecer, está ligado a la «moral provisional» de Descartes. No sería posible (o, al menos, muy difícil) la valoración a priori de las opciones, es decir, juzgar si son buenas o no. Se impedirían así en la vida las elecciones individuales definitivas: el bautismo y el matrimonio (indisoluble), así como todo lo que no admite replanteamientos ni admite «regresos».

Del Noce –como es sabido– era crítico del pragmatismo. Pero al adoptar las teorías morales cartesianas y refugiarse en el *pari* de Pascal, termina por adoptarlo sin teorizarlo. Es verdad. A Del Noce le interesaban principalmente las cuestiones filosófico-políticas, causa y efecto simultáneamente del ateísmo moderno que el autor examinó en un horizonte muy amplio, tanto que suscita admiración no sólo por lo vasto de sus conocimientos sino sobre todo por las conexiones que hace brotar entre las distintas doctrinas, así como entre doctrina y praxis.

El libro de Borghesi considera, a continuación, la «cuestión Gentile», esto es, la de Giovanni Gentile, padre del actualismo. Del Noce lo considera un pensador que necesariamente hay que tener en cuenta, tanto porque su filosofía representa una continuación del Risorgimento italiano (o, para ser más precisos, la continuación inmanentista del Risorgimento giobertiano), como porque ha sido el teórico del fascismo «filosófico», el laicismo político y la revolución fascista. Augusto Del Noce consideraba la filosofía italiana de entreguerras «camino obligado» para quien

quisiese afrontar seriamente las cuestiones políticas contemporáneas: fascismo, marxismo, etc. Desde este ángulo, Hegel es el autor de referencia (pues el actualismo no es sino una reforma del hegelianismo), sea por el aspecto teórico que por el metodológico: la filosofía, en efecto, es la aprensión del tiempo propio. Lo que no significa en absoluto compartir el historicismo, sino más bien considerar la historia como lugar y momento en que verifica la verdad.

Massimo Borghesi afronta seguidamente la cuestión nodal del liberalismo de Augusto Del Noce. Éste rechazó el liberalismo «radical» (por ejemplo, el de Hobhouse) y elaboró la teoría del «liberalismo ético». Veía en el liberalismo –lo escribió abiertamente en *Il problema político dei cattolici* (Roma, UIPC, 1967, pp. 124-125)– «un valor que se ha afirmado claramente en el mundo moderno y que el cristianismo puede asumir y elevar en su pureza». Anticipó de este modo la *Weltanschauung* política de Joseph Ratzinger, que ha sido recientemente sometida a discusión. La posición de Del Noce no es banal, no puede reconducirse a elecciones contingentes, a opciones legadas a cálculos (aunque no fueran personales). La suya es una fórmula coherentemente antitotalitaria que, a su juicio, postula una alianza entre catolicismo y liberalismo. No es posible en esta recensión dar cuenta de una posición articulada y compleja que desearía unir platonismo y liberalismo. Tanto que algunos, como por ejemplo su amigo el «laico» Nicola Matteucci, entienden que Del Noce no pueda ser considerado legítimamente liberal. Menos aún es posible examinar la cuestión de si el antitotalitarismo constituye el presupuesto suficiente para una opción política constructiva.

Massimo Borghesi parece leer las cuestiones con categorías que no le permiten penetrarlas hasta el fondo. Entiende, por ejemplo, que Rosmini –autor caro a Del Noce– fue un liberal católico. Pero Rosmini, lo dijo de manera fuerte el rosminiano padre Bozzetti, no fue liberal, y esta lectura del pensador roveretano supone un forzamiento risorgimental, difícilmente justificable.

Para Del Noce el discurso es más complejo, como se evidencia en afirmaciones relativas a problemas contingentes, aunque de importancia esencial. Del Noce –la cosa debe considerarse con atención– vivió la experiencia del totalitarismo fascista, que (de modo coherente con su doctrina) pretendía dominar las conciencias. Mientras que Del Noce entendía, por su parte, que tal pretensión debía ser rechazada y tal peligro alejado. Siempre, también después de la caída del fascismo. Pues, en efecto, se opuso también al

antifascismo, que es un fascismo de sentido contrario, pero no lo contrario del fascismo. El problema verdadero, sin embargo, procede del fundamento del orden político, sin que sea suficiente la oposición al desorden: es el problema de la verdad de la política, que –lo dice el Evangelio– es condición de la libertad. Del Noce temía incluso el totalitarismo virtual de la democracia. En *Il problema del ateísmo*, por ejemplo, dedicó a este propósito páginas fuertes.

El trabajo de Massimo Borghesi es admirable por la amplitud de la información. No es fácil conocer la vasta y no siempre coherente literatura sobre Del Noce. Borghesi revela un buen conocimiento de Del Noce y sus críticos. Parece, sin embargo, que el autor se contenta con la descripción. No siempre, a nuestro modesto juicio, alcanza la discusión del pensamiento de Del Noce (que revela evoluciones que a veces parecen contradictorias), ni el de sus interpretaciones.

Daniele MATTIUSI